

*Doscientos años de narrativa mexicana. Volumen 1. (2010) Siglo XIX. Rafael Olea Franco, editor. Con la colaboración de Pamela Vicenteño Bravo. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. (Serie Literatura Mexicana, XI. Cátedra Jaime Torres Bodet)*

Luz América Viveros Anaya

IFL-UNAM

Frente a tradiciones de estudios literarios que han llenado las estanterías con enciclopedias, índices, ficheros y diccionarios de los escritores nacidos o avecindados en el país, formando así un —discutible o no— inventario mínimo de literatos, México no cuenta con una obra semejante que pueda considerarse una Historia de la literatura mexicana. Múltiples factores fueron posponiendo o dejando truncado un proyecto que hoy se antoja desmesurado e incompleto sólo de pensarlo y que, tal vez, responda a una visión positivista y nacionalista de los estudios literarios... sí, pero cuánta falta hace. Tampoco se puede ignorar que hay proyectos colosales y honrosos que han cubierto grandes etapas; por mencionar uno, recordaré aquí el *Diccionario de escritores mexicanos* al que se recurre para autores del siglo xx. En tanto, para escritores del siglo xix, sin la exhaustividad —ni de lejos— del diccionario referido, se suele consultar el *Fichero biobibliográfico* de Ángel Muñoz o incluso el *Diccionario crítico* de Carballo, y sólo recientemente fue editada la hoy imprescindible *La República de las Letras*, cuyo tercer tomo reúne ensayos sobre una galería de escritores sobresalientes del siglo xix.

La reflexión viene a cuento, no porque el libro a que me refiero quiera ser un inventario de escritores ni una historia literaria del siglo xix, sino porque muestra la dificultad intrínseca a la que se enfrenta aquel que pretende, bajo algún criterio de selección, ofrecer una muestra representativa de las plumas que han sido claves para concebir una literatura mexicana. Incluso, acotado el inventario a la narrativa, seleccionar implica siempre excluir, y pueden ustedes imaginar el difícil papel de decidir qué autores merecen figurar en la galería; aquellos sin los que no se explicarían los principales rasgos de la narrativa de todo un siglo.

La nota editorial de Rafael Olea Franco deja claro el propósito central de este esfuerzo: contribuir con ensayos que ofrezcan a los lectores “una primera aproximación crítica a la obra de un escritor particular, desde un punto de vista analítico que tendiera a abarcar, cuando fuera posible, la mayor parte de sus textos narrativos [...], se solicitó expresamente un diálogo con la crítica; así, quienes

consulten estos volúmenes contarán con un primer acceso a la bibliografía crítica sobre un autor (y ya se sabe que una puerta abre muchísimas más)”.

El resultado es notable. Los catorce ensayos que representan el siglo XIX ofrecen, a la vez que un retrato crítico del escritor, un mural o panorama general de lo que fue la narrativa durante la centuria. Los artículos de distintos especialistas se refieren, desde diversos ángulos, a unas mismas condiciones materiales para la escritura; aluden a hitos históricos que determinaron el sentido de temas, géneros y tratamientos literarios; describen las formas de publicación —principalmente en prensa— que propiciaron ciertos horizontes de escritura y recepción; es por ello que sus análisis son significativos no sólo para el autor que analizan sino para explicar una época que, hasta donde es posible la generalización, influyó de manera semejante los rasgos principales de una narrativa nacional.

Al convocar a catorce narradores decimonónicos y hacer un balance de su obra, llama la atención que los distintos hechos de la historia mexicana del XIX —intervenciones, impulsos imperiales, guerras internas, asonadas— están frecuentemente aludidos no como contexto sino orgánicamente con las características de la narrativa del antepasado siglo. Queda claro al leer varios ensayos, que, como era de esperarse, la conformación de una literatura que hoy podemos llamar nacional, mexicana, tenía que correr destino paralelo con la formación de la nación misma. Inclusive, cuando logran establecer una distancia artística, una preeminencia del acto estético en sus textos y puede corresponderse ello con una madurez de la escritura, se advierte un entorno menos ancilar en términos ideológicos.

Pero hagamos primero un recorrido por los autores estudiados. El volumen abre con una presencia de la que, hasta hoy, hay inusitado consenso como iniciador de la narrativa mexicana: José Joaquín Fernández de Lizardi. El ensayo, a cargo de María Rosa Palazón —quien ha dedicado una vida académica al rescate y edición de las obras del Pensador Mexicano— explica de manera simultánea vida y obra, con lo que consigue que el lector enfoque no sólo el esperable Periquillo, sino sitúe las condiciones en que se escribieron *La Quijotita y su prima*, *Noches tristes y día alegre*, y *la Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, obra calificada por Palazón como “la mejor de sus novelas”, a despecho de ser *El Periquillo Sarniento* la más conocida y —en los hechos— considerada como fundacional de una narrativa mexicana.

Enseguida aparece el ensayo dedicado a Ignacio Manuel Altamirano y la novela nacional, de Christopher Conway. Advierte el investigador que Altamirano desempeña un papel fundacional en las letras mexicanas modernas, debido a su cuantiosa producción y a su labor como teórico y promotor de la literatura nacional. A él debemos una idea que perduró muchas décadas, de la novela como libro de las masas, la novela como escuela para formar buenos ciudadanos, la novela “cuyas lecciones nacionales van envueltas en resortes literarios que en-

tretenien y catalizan el sentimiento durante la lectura". Desde esa mirada, el análisis de Conway revisa los desencuentros literarios e ideológicos en *Clemencia*, las ideas religiosas y revolucionarias que conviven en *La navidad en las montañas*, y las relaciones entre mujer e identidad nacional en *El Zarco*.

El tercero, dedicado a José María Roa Bárcena, es un magistral ensayo en que Rafael Olea Franco ofrece una visión aguda de uno de los escritores más incomprendidos por la crítica y, por tanto, más desconocidos durante buena parte del siglo xx. El hecho de no ser liberal no obstó para que sus escritos tempranos estuvieran fuertemente cargados de ideología —si bien pro conservadora— y este rasgo caracterizara con signo negativo su literatura durante mucho tiempo. Sin embargo, Olea Franco enfoca las creaciones de madurez de Roa Bárcena y descubre —al enfocar desde la teoría sobre el relato fantástico— la originalidad y alcances que permitieron a un autor transitar desde una escritura estorbada por los deseos de hacer propaganda antiliberal, hasta la construcción de textos en que la intención ideológica está supeditada a un exitoso propósito estético. La argumentación justifica plenamente la inclusión de un Roa Bárcena soslayado —cuando no nulificado— por la crítica vigesémica, como narrador indispensable que contribuyó a la consolidación del cuento moderno en México.

El ensayo dedicado a Luis G. Inclán estuvo a cargo de Manuel Sol, quien publicó hace pocos años la edición crítica de la gran y única novela conocida de este autor: *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*, publicada en dos tomos en 1865 y 1866. Con esta sola obra, Inclán resulta indispensable por la excelente recepción que tuvo tanto en su época como en las décadas siguientes.

José Ortiz Monasterio y María Teresa Solórzano participaron con un ensayo sobre las novelas históricas de Vicente Riva Palacio. Analizan las características de ese tipo de novelas y argumentan por qué el General es un autor imprescindible del siglo xix, tanto por el afán educativo, como por la cantidad de lectores —y escuchas— que tuvo su obra. En su trabajo, los autores aportan algunos datos sorprendentes para la discusión sobre el papel de la novela en general, por ejemplo, que entre 1867 y 1876 se publicaron cuando menos 79 novelas, cifra sin precedente en nuestra historia literaria.

El libro se engalana con la presencia de un ensayo de Margo Glantz, dedicado a Manuel Payno. Con un indispensable repaso inicial de circunstancias históricas y biográficas, dedica el resto de su trabajo a la monumental novela *Los bandidos de Río Frío*, con el estilo analítico que le caracteriza y que consigue ubicar el momento en que la crítica —no los lectores— después de marginar por tanto tiempo la novela, comenzó a reevaluarla e incluirla en el canon, lo cual nos da pie para reflexionar sobre lo que este tipo de revisiones críticas inciden en el reajuste y revisión de un canon nacional.

Ana Laura Zavala Díaz participa con un iluminador ensayo sobre un autor igualmente poco o mal leído por la crítica y encasillado con el remoquete de costumbrista: José Tomás de Cuéllar. El ensayo ofrece una visión panorámica de la narrativa profusa de Facundo —seudónimo con el que firmó muchas de sus obras—, y una reflexión altamente productiva sobre la escritura de novelas por entregas. Este sistema incide por completo en características textuales que, fuera de ese contexto, aparecen como errores o fallas en la secuencia o estructura de las novelas. Cuéllar es otro autor que, gracias a proyectos de edición de obras completas, está pudiendo ser reevaluado, y Ana Laura Zavala ha sabido aprovechar las ediciones que ha realizado de varias obras de este autor para señalar con ejemplos claros los caminos críticos que vislumbra.

Pedro Castera, “hermano de todos los proscritos, hermano de todos los mineros”, es rescatado de las sombras por Blanca Estela Treviño en un sabroso ensayo sobre un autor tremendamente popular en su época, conocido sobre todo por su novela *Carmen*, que luego cayó en una oscuridad semejante al eclipse de su lucidez hacia el final de su vida, de donde lo rescata la estudiosa. Puede disfrutarse en este ensayo de una revisión completa de la narrativa de Castera: los cuentos de *Impresiones y recuerdos* y *Las minas y los mineros*, las novelas *Carmen*, *Los maduros*, *Dramas de un corazón* y *Querens*, y la relación de muchos de estos textos con sus experiencias de vida como ingeniero de minas, como espiritista y como decepcionado del amor.

Sobre Rafael Delgado, Adriana Sandoval ofrece un recorrido biográfico en el que se ubica la secuencia de publicación de su obra narrativa que consistió en novelas, *La Calandria*, *Angelina*, *Los parientes ricos* e *Historia vulgar*, publicadas primero por entregas y luego en libro, y los relatos de *Cuentos y notas*. No obstante, haber sido un escritor tan estimado por sus contemporáneos, al parecer no hubo apenas recepción crítica relevante de su obra, por lo que la autora ensaya una primera aproximación al contenido de su narrativa.

El ensayo siguiente se debe a la pluma de Yliana Rodríguez González, quien estudia un autor cada día más valorado por la crítica entre más se rescatan y difunden obras hasta hace poco desconocidas: Ángel de Campo, mejor conocido como *Micrós* o como *Tick Tack*. En su ensayo, Rodríguez González ofrece un panorama completo de la fortuna crítica que ha ido teniendo un autor del que frecuentemente se están editando hallazgos: es relativamente reciente la publicación de una selección de las crónicas de la columna *La semana alegre*, y de los artículos de *Kinetoscopio*. Yliana selecciona los juicios más representativos de las transformaciones de la crítica acerca de uno de los autores “redescubierto, sí, pero muy parcialmente; mal leído; encasillado; reducido a estilo, un género una escuela, un tono”, a quien también se aplicó la etiqueta de costumbrista. *La Rumba* como única novela conocida hoy, rescatada entre dos pastas cincuenta años después de su publicación por entregas, es suficiente prueba, según de-

muestra la ensayista, de los alcances de un escritor que se autolimitó los vuelos novelescos, pero que dejó ejercicios notables de ironía y humor en sus crónicas sólo suspendidas por su temprana muerte.

Manuel Gutiérrez Nájera fue estudiado como narrador ecléctico por un impecable ensayo de Belem Clark de Lara, que consigue ofrecer una visión panorámica de un autor tan prolífico y multifacético. Moderno y modernista, el Duque Job —su seudónimo más conocido— dedicó veinte años de su vida productiva al afán de forjar un espacio literario en el periodismo; el narrador del acontecer diario se valió de los géneros de la modernidad —relato, crónica, ensayo— para conseguir ese espacio literario. Su laboriosidad creativa lo constatan veintitantos volúmenes que hasta ahora se han editado o están en proceso. En términos estrictamente narrativos, cuenta con un grueso volumen de *Relatos* y una novela hasta hace poco desconocida, *Por donde se sube al cielo*, hallazgo que hoy la historia literaria debe a la propia Belem Clark y de la que resume algunas de las múltiples recepciones críticas que ha tenido desde su edición contemporánea. Gutiérrez Nájera es uno de los escritores más tempranamente rescatados por las ediciones de autores mexicanos, producto de una favorable y continua recepción crítica después de su muerte.

La narrativa de Amado Nervo está estudiada por el gran hispanista Klaus Meyer-Minnermann. Reconoce, por un lado, la gran fama que alcanzó Nervo en vida, que no fue debida a su obra narrativa, sino a la poética. Su prosa nunca alcanzó esa popularidad y se hundió por mucho tiempo en el olvido, por lo que Meyer-Minnermann hace un recorrido cronológico por relatos y novelas, temas y tratamientos, así como las recientes ediciones y fortuna crítica que han tenido.

Laura Méndez de Cuenca es, sin duda, un hallazgo de las últimas décadas para el canon de escritores decimonónicos. El ensayo de Pablo Mora ofrece un imprescindible panorama general de la producción narrativa de la escritora. El repaso biográfico resulta aquí singular por tratarse de una mujer, lo cual hace su historia realmente diferente a la de gran parte de escritores que, ya sabemos, participaron en los gobiernos liberales y alternaban espada y pluma. También porque su devenir vital condicionó, por ejemplo, el tipo de narrativa que fue eligiendo: relato de viajes, crónica, cuento, novela.

Cierra el volumen el ensayo sobre Federico Gamboa, escritor predilecto por los lectores y por los críticos desde su primer volumen de relatos, aunque ignorado y menospreciado por los creadores a partir de la década de 1960. Javier Ordiz repasa la recepción crítica para luego estudiar la vida y pensamiento de Gamboa a través de sus obras: los temas principales, la cronología de su obra narrativa, el amor, la pasión y el instinto como principal tratamiento del tema amoroso, y el estilo e influencias de su escritura.

En general, es importante señalar que los ensayos presentan una bibliografía imprescindible para quien desee acercarse a fuentes primarias acerca del escritor, y

por lo general ofrecen un panorama completo y crítico de la totalidad de su escritura narrativa. Si bien, cada trabajo discute la pertinencia y vigencia de lo dicho por la crítica desde su recepción hasta la actualidad, casi todos coinciden en subrayar la necesidad de contar con ediciones completas de las obras, pues ello permitiría hacer una evaluación más fina del lugar del escritor en nuestra historia literaria.

Un valor adicional de la reunión de los ensayos de este volumen, es que si bien gira en torno a escritores, consigue esbozar y permite seguir el desarrollo de una historia de las ideas literarias del siglo XIX. Por ejemplo, varios de los autores aquí recopilados y otros más que quedaron fuera permiten horizontes explicativos semejantes por su adhesión a la idea nacionalista educadora de la novela según Altamirano. Otras ideas predominantes serían, después, el tributo a la belleza expresiva como valor supremo postulada por Gutiérrez Nájera, o los procedimientos más realistas y sórdidos en ocasiones de Gamboa, estéticas estas dos últimas que darían un rostro diferente al fin de siglo. Otra virtud de este libro es su posibilidad de extender los alcances de sus conclusiones y explicaciones; por ejemplo, el mismo procedimiento de novela por entregas que explica las características de algunas obras de José Tomás de Cuéllar, sirven paralelamente como exégesis de gran cantidad de novelas de otros autores contemporáneos que publicaron de igual forma. También este volumen permite una ojeada de conjunto sobre géneros narrativos, temas, tratamientos literarios, usos de estrategias narrativas, recursos literarios, etcétera, que brindan contextos explicativos a todo un siglo de escritura.

Este libro está llamado a ser un referente fundamental para quien se acerca por primera vez a una obra o un autor, o para quien desea conocer el estado de la cuestión y las perspectivas de su obra narrativa tras la discusión con la crítica, pues no deja de ser vigente el comentario de Mariano Azuela, citado por el editor, acerca de quienes se dedican a transcribir lo que otros dijeron y lo dan como de su propia cosecha, sin haber leído las obras. Esa torpe práctica estigmatizó autores y fomentó lecturas prejuiciosas, cerrando el círculo vicioso de autores desconocidos por malos y, por malos, desconocidos. No son pocos los ensayos que incorporan por primera vez, en una visión de conjunto, hallazgos recientes que modifican completamente la forma de estudiar y valorar un autor; también dejan la impronta de nuevas perspectivas teóricas y preocupaciones críticas que hacen visibles escritores antaño menospreciados.

En esta imprescindible labor convocada por Rafael Olea Franco, que contó con la inteligente colaboración de Pamela Vicenteño Bravo, se consigue colectivamente la titánica labor de hacer una revisión y puesta al día que, sin duda, abre muchas nuevas puertas para estudios en el futuro.